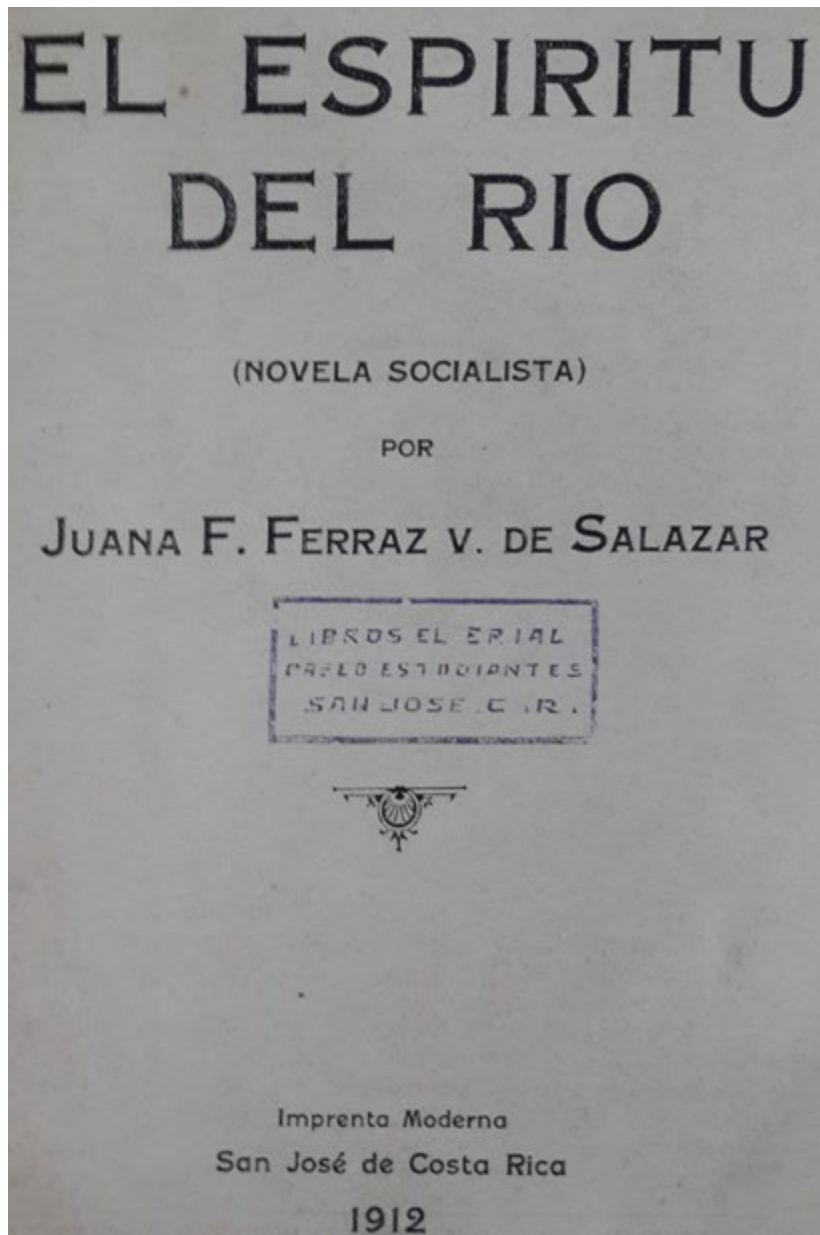


Juana Fernández Ferraz de Salazar



Una dama española de alto linaje espiritual escribió esta novela que ella misma titula socialista. La autora es hermana de aquel admirable y admirado maestro Valeriano Fernández Ferraz a quien tanto le debe la cultura nacional y con quien aún están en deuda los intelectuales costarricenses.

Esta obra es una amplia novela de enredo en la que van apareciendo, con naturalidad nada común, nuevos personajes que actúan en ambientes muy variados.

En ninguno de los momentos del desarrollo, conducido con maestría, decae el interés del lector. Desde la primera página, se preocupa con sinceridad por la suerte de cada uno de los personajes que intervienen en la trama. Con razón dice el inolvidable don Valeriano: importa anotar el gran talento de mi hermana, su inmensa lectura -mal de familia, agregaría yo- si practica infinita de la vida.

El asunto es suyo e interesante, difícil de relatar. Son múltiples e inesperados los episodios que dan la impresión de una realidad asombrosa. Tal es la perfección con la que la amable dama española supo presentarlos.

La novela, en muchos lugares, se detiene en observaciones de carácter social de suma importancia. Mucho hace pensar la novelista. Con una bondad exquisita va señalando errores del pasado, posibilidades del presente y esperanzas para un no lejano porvenir.

En el alma de la autora se impone la necesidad de una fundación espiritual, simbolizada por la idea de erigir un nuevo pueblo entre los indios de algunas regiones sudamericanas.

No olvida el aspecto material. Se preocupa por lo intelectual. Todo lo basa en las tendencias morales que va estableciendo el fundador. Este cree que solo ante el deber es preciso bajar la cabeza haciendo a un lado el sentimiento. El deber cumplido es la piedra de toque de las almas. Solamente él puede llenar de dicha las almas. Tal es la ley en la que descansa la más bella de las doctrinas enseñadas al hombre.

Piensa el fundador de la nueva ciudad que en las bellezas evidentes del socialismo cristiano está la bienaventuranza que el hombre persigue. Por algo, la población recién creada lleva el nombre sugestivo de Ciudad de Espíritu. Allí, todos son felices. Allí, hasta los malvados aprenden a ser buenos a fuerza de verse objeto de tantas bondades. Allí, no hay penuria material. No existe la pobreza espiritual.

Queda, al concluir la lectura del grueso volumen, una honda satisfacción. La que produce el convencimiento de que los hombres, algún día, han de abandonar lo que de hombre tienen para convertirse en seres saturados de bondad infinita.

¿Un sueño? ¿Muchos sueños? ¿Y no ha surgido lo mejor de la humanidad de los ensueños de quienes quisieron y supieron soñar?